

Baila, baila

De otro modo estamos perdidos

Llamil Mena Brito



*A otra Pina Bausch, desde nuestra soledad
en la sala.*

GODARD HA ANUNCIADO QUE EN EL 2013 estrenará un largometraje en 3D. Una empresa que en esencia resulta interesante por el simple hecho de mostrar al director, ya octogenario, interesado en un formato que cada día gana más adeptos entre los creadores de renombre. ¿Cuál puede ser el interés en este formato para un artista como Godard que ha dedicado una filmografía entera al problema del cine y su forma? ¿Es realmente una pregunta sobre las posibilidades o una necesidad por la

experimentación de un recurso tecnológico?

Martin Scorsese ya aportó en buena medida su reflexión al medio del 3D. Fue en y por la historia que el recurso tuvo una capacidad estética significativa. Con un homenaje al que hoy ya deberíamos llamar el padre fundador de la tercera dimensión, Georges Méliès, un artista que por medio de la estratificación en capas de escenarios creó un mundo



de profundidad plástica distinto al brutal realismo de los Lumière (hablando *grosso modo*), Scorsese revitalizó este principio, y en una secuencia ya lista para su inducción en los anales de la historia del cine, logró una conmovedora representación del mundo escénico de Méliès, ahora en tercera dimensión. Un homenaje digno desde el nuevo milenio. Por cierto, resulta curioso compararlo con otro ejercicio similar, el que Godard realizó en *Passion* (1982) al recrear en cuadros vivientes a maestros de la talla de Rubens y Ingres.

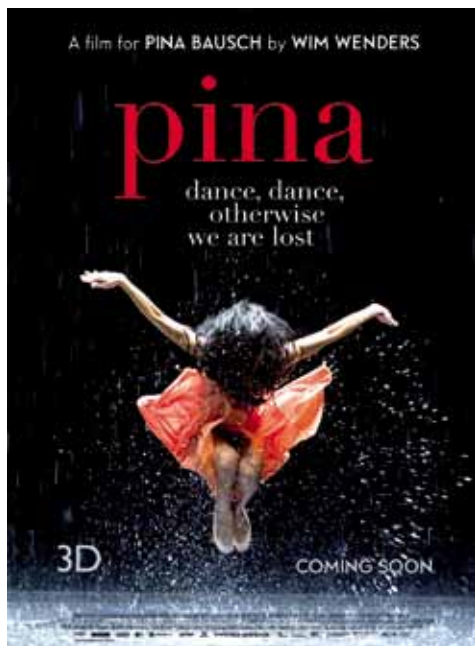
Pina de Wim Wenders es la siguiente gran invitación del 3D. Se aleja por completo de la animación y es entonces más cercana a los Lumière que a Méliès; el celebrado largometraje sobre la vida y obra de la coreógrafa y bailarina Pina Bausch es una magnífica obra que reflexiona sobre la condición y vitalidad de una obra de arte; un cuadro dentro de otro cuadro que además se ve agraciado por la capacidad de aportar una experiencia distinta al espectador. Término que pone en juego de lleno la volátil y resbaladiza condición del visitante a la obra.

Tengamos en consideración que todas las películas que hemos nombrado hablan y participan de la obra de otros artistas, y que hicieron del movimiento y el espacio —y por ende, de la profundidad— un motivo de exploración estético. La profundidad que confronta

la mirada del artista y la experiencia del espectador. ¿Y es que el 3D no es por definición un recurso de profundidad? ¿Y no es esta posibilidad de inmersión la experiencia puesta a disposición física y emocional para el deleite del espectador?

La tercera dimensión ha tenido sus momentos más lúcidos desde su reflexión plástica e histórica. Sin embargo, esta reflexión sobre las posibilidades de la segunda vuelta de la tercera dimensión ha quedado opacada por el cúmulo de producciones que apuestan a la espectacularidad y al ingreso económico extra en taquilla. Los ejemplos que rescato entienden, en primera instancia, su condición histórica y tecnológica. Y si en un primer momento la animación permitió condensar más y mejores vistas en 3D, ahora los ojos están depositados en su contraparte real, y es aquí donde *Pina* exhibe un suculento menú de posibilidades y reflexiones.

Desde la narrativa, *Pina* ofrece la posibilidad de participar desbordadamente en esta fiesta que es el ser un espectador. Desde la primera secuencia y hasta la última, comprendemos que somos testigos de una serie de postales dancísticas que ilustran el impresionante repertorio de coreografías y amistades que coleccionó Bausch. Podría parecer que no hay mayor distinción entre esta película y un festival donde se



Pina

Dirección de Wim Wenders
Alemania-Francia-Gran Bretaña
2011, 100 minutos

represente la obra de la coreógrafa; sin embargo, al comprender que es una sala de cine la que nos acomoda, nuestra experiencia puede hacer emplear la razón y saber que de lo que somos testigos es de una obra que nos otorga concesiones inesperadas, intromisiones a espacios siempre vedados, vistas imposibles, trayectos inimaginables. Por primera vez tenemos un lugar privilegiado en el desenvolvimiento de un acto dancístico, y por cierto, no es la posición desde la butaca ni el de la visita al escenario, sino el de un punto objetivo de vista, uno que se desplaza y nosotros con él. Al final seguimos postrados en una butaca e invertimos dos horas en una experiencia ya imposible, la de poder entender nuestra mirada estética.

Pero es también, y debo decir que ante todo, un viaje entre amigos. Donde puse el acento sobre la posibilidad del viaje inaudito del 3D, una persona más sensible que yo me mostró la posición de Pina como coreógrafa; el punto de vista de la cámara es la mirada del artista que contempla (y entonces también nosotros). Es nuestra mirada que acompaña el desenvolvimiento de una obra de arte, los ojos de una

coreógrafa a través de su creación llevada a la vida por sus artistas y amigos. Esta observación hizo que reflexionara en la condición del cuerpo y movimiento que provoca nuestra empatía con la obra. Sea este el gran aporte que pronuncio hoy sobre la pericia de Wenders: el arte del director para crear una atmósfera de participación inaudita.

¿Están dadas las condiciones para pensar en un nuevo giro tecnológico, donde la reflexión cinematográfica y la estética tendrán una aportación significativa para la producción? O es que simplemente somos testigos de un ornamento más que fundamentalmente hace de la acción —entendida aquí como un género— un espacio rico y vasto de nuevos elementos para hacer de la velocidad, la violencia y las explosiones, complejos paliativos visuales que sin duda aportan un divertimento a los vacíos narrativos. Porque esta condición debe emerger como un tema de interés formal. ¿Por qué son la violencia y la acción los repositorios fundamentales para el uso del 3D?

No lanzo estas preguntas desde una crítica. Todo lo contrario, pienso, por *Pina*, que algo nos ha sido devuelto: la emoción y la capacidad de acceder a la experiencia estética de conmoción y participación. Aún falta una reflexión sobre las aportaciones al lenguaje cinematográfico y presiento que Godard tendrá algo que decir al respecto.

¿No perdurará para siempre la anécdota de cómo los primeros espectadores que vieron la escena del tren de los Lumière se levantaron despavoridos ante la posibilidad de ser atropellados? Sea esa la pugna, restablecer la experiencia, ya no desde la sorpresa, sino desde la inocente mirada; redignificar la sala y, sobre todo, la solemne introspección estética de dos horas ya imposibles en nuestras agendas. El cine y su forma, debe ser la respuesta para un nuevo romance con el 3D, no el futuro. Y es que nunca hubo futuro en este espectáculo llamado cine, pero sí un contundente sentido del presente. Y vaya que estos tiempos exigen uno, uno rebosante de inmersión en experiencias no necesariamente nuevas. ■■■